1810

Carranza y

Compañía

12

blecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

CARRANZA Y COMPAÑÍA

Al Sr. D. Francisco Luis de Retes,
[d]istinguidísimo poeta y uno de nuestros
[m]ás aplaudidos autores dramáticos,
[s]u admirador y respetuoso amigo

Tomás Luceño

CARRANZA Y COMPAÑÍA

SAINETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

TOMÁS LUCEÑO

TEATRO LARA, 7 de Marzo de 1893.



MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE HERNANDO Y C.ª
calle de Ferraz, núm. 13.

1893

AL SEÑOR

D. Saturnino Gatoó Fernández

Testimonio de sincero aprecio y verdadera amistad de su siempre afectísimo

Tomás Luceño.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA SINFOROSA	Sra.	Valverde.
BARONESA	Srta.	Molina.
PATRO	»	Blanco.
PETRO	Sra.	Pino.
DOÑA LAURA	»	Larxé.
CLOTILDE	»	Mavillard.
SOLEDAD	Srta.	Lasheras.
LOLA AMA DE CRÍA	»	Molina (Amparo).
PAQUITA (niña mendiga)		Niña Riaza.
UNA CHULA	»	Lasheras.
CARRANZA (dueño de la tienda)	Sr.	Manso.
DON RUPERTO (dependiente)	»	Rossell.
BARÓN CAYETANO (mozo de tahona)	»	Ruiz de Arana.
DON JOAQUÍN	»	Gonzálvez.
LUCAS (dependiente)	»	Mendiguchía.
SERAFÍN (dependiente)	»	Fuentes.
NARCISO	»	Ramírez.
MOTILÓN (dependiente)	Srta.	Riaza.
POBRE 1.º	Sr.	Palomera.
POBRE 2.º	»	Manchón.
Una que pasa besando á su hijo		N. N.

La acción en Madrid.—Derecha é izquierda, las del actor.

ACTO ÚNICO

Tienda de objetos de fantasía en uno de los sitios más céntricos de Madrid. Puerta al foro, y á un lado y otro de la misma un escaparate muy grande, ocupado por numerosos objetos propios de estos establecimientos. Gran mostrador que venga desde el fondo, por ambos lados, á los dos primeros términos, derecha é izquierda. Aparato de luz eléctrica que pende del techo. Al lado izquierdo, dentro del mostrador, una puerta que comunica con las habitaciones interiores, con una gran cortina. En esta decoración ha de resplandecer el lujo más refinado y exquisito. Muebles raros y caprichosos esparcidos convenientemente.

ESCENA PRIMERA

DON RUPERTO y LUCAS, dependientes, muy compuestos y elegantes. LOLA y SOLEDAD, costureras, modestamente vestidas. Lola está entregando la ropa blanca que indicará el diálogo, á Don Ruperto, que estará en el mostrador de la izquierda, y Soledad en el de la derecha, haciendo lo mismo con Lucas. DON JOAQUÍN, sentado en cualquier sitio de la tienda, y abstraído echando humo á una boquilla. SERAFÍN, dependiente también, detrás del mostrador de la derecha, en último término, leyendo un libro. MOTILÓN, en el de la izquierda, sin hacer nada.

RUPER. (Examinando atentamente la ropa blanca que le entrega Lola.) Mira estos pespuntes. ¿Dónde
has aprendido estas mañas?
Fíjate. Entre punto y punto
cabe un carro de mudanza.
¿Cuándo caerás de tu burro?

LOLA. ¿De mi burro? ¡Tiene gracia!
¿Cómo he de caer, si yo
casi siempre voy á pata?

RUPER. (De mal humor.) Es que no ponéis cuidado;
que pensáis sólo en jaranas,
en los novios y otras cosas

que os perjudican y dañan,
y queréis que la labor
ella solita se haga.
¡Cómo está la juventud!

LOLA. ¿Que cómo está? Buena, gracias.
¿Y la familia de usted?

RUPER. Sí; ¡vente con patochadas!
(Tirando la labor con muy malos modos.)
Lo siento mucho, pero esta
labor hay que rechazarla.
(Continúa examinando la ropa blanca, dando muestras de desagrado.)

LUCAS. (A Soledad, muy cariñoso y sonriente.)
Mira, hija mía, la nesga
no me gusta, y estas mangas
son cortas, es decir, una,
porque la otra es más larga.
Estos ojales, pimpollo,
más que ojales son ventanas
por las que puede pasar
la estatua de Mendizábal.

SOLE. ¡Qué atrocidad! ¡Por supuesto
que será sin la peana!
No lo puedo hacer mejor.

LUCAS. (Bajando la voz y con mucha ternura.)
Lo que no puedes, ingrata,
es quererme, cuando yo
suspiro por tus miradas.

SOLE. ¿Me da usted la cuenta?

LUCAS. (Con dulzura cursi.) Dime:
¿quién te ha dado á ti esa cara?
¿quién te ha dado á ti esos ojos?
¿quién te ha dado esas pestañas
que parecen, por lo extensas,
las varillas de un paraguas?

SOLE. Ocurrencias de mis padres.

LUCAS. Me estás destrozando el alma.
(Cogiéndola una mano y con pasión.)
Sí, lucero matutino.

SOLE. Matu... ¿qué?

LUCAS. De la mañana.

Es que yo he nacido poeta.

RUPER. (Suspendiendo el examen de la labor de Lola y en tono guasón.) Pues esa es una desgracia;
porque la forma poética
ya sabes que está llamada
á largarse, como tú
si insistes en esas mañas.
En cuanto entra aquí una joven
ya empiezas á enamorarla,
á suspirar, y á decirla
que quisieras tener alas,
que el mundo no es para ti,
que el mostrador te rechaza,
que has nacido para algo...
Pues te quedarás en nada.

LUCAS. (A Soledad.) No le hagas caso. Es que tiene
enferma la calabaza. (Indicando que Ruperto está chiflado.)

RUPER. Como Serafín. A ése
le da por cosas más altas:
por la oratoria. Y el Círculo
Mercantil es quien lo paga.
¡Pronuncia cada discurso
que deja caer de espaldas!
(Figurando que imita á Serafín cuando pronuncia un discurso.) «El déficit no se enjuga...»
Enjúgate tú la baba:
«El comercio agonizante...»
Es claro; con esas latas,
en vez de vivir dos meses,
le matáis en dos semanas.

SERA. (Dejando de leer.) Pues aquí dice Bastiat,
economista de fama,
que la Economía es
del Comercio prima hermana.
(Leyendo.) «Dadme un duro»—añade luego—
«y en catorce horas escasas,
á interés compuesto, os doy
cuatro millones.»

RUPER. ¡Caramba!
Yo digo más y no sé

De esa ciencia una palabra.
Dadme un duro, y en la vida
le volvéis á ver la cara. (Serafín y Lucas se ríen á carcajadas.—A Motilón, dándole un pescozón.)
Y tú, ¿para que has nacido?

MOTI. (Lloriqueando.) ¿Yo? Para bestia de carga.

RUPER. Pues lo serás, hijo mío,
que yo te protejo, y basta.
(A Lola, y refiriéndose otra vez á la ropa.)
Esta pretina no sirve.
No te la tiro á la cara
porque estoy bien educado,
que si no, te la tiraba. (Arrojándosela á la cara.)

LOLA. (Recogiéndola y metiéndola en un pañuelo.)
¡Esté usted toda la noche
dándole á la aguja, para
que después, sin miramientos,
me ponga usted colorada!

RUPER. ¿Qué murmuras?

LOLA No murmuro;
es que maldigo mi estampa.
Aliviarse. (Yéndose muy incomodada por el foro y llevándose la ropa.)

RUPER. Anda con Dios.
(A Soledad.) Niña, basta ya de charla,
que hay trabajo y no me gusta
la gente desocupada.
¿Qué se te debe?

SOLE. (Pasando al sitio en que está Ruperto.) Pues cinco
pesetas, costura y plancha.

RUPER. (Sacando dinero del cajón.) Ahí tienes un duro.
(Soledad le hace saltar sobre el mostrador y mira mucho el duro para convencerse de que no es falso.)
¿Es malo?
¿Quieres otro?

SOLE. Bueno.

RUPER. ¡Vaya! (Le da otro. Soledad lo coge y se prepara á marcharse sin devolver el primero.)

SOLE. Con Dios, y que usted se alivie.

RUPER. (Mal humorado.) ¡Si á mí no me duele nada!
¡Que te llevas los dos duros!

SOLE. Como usted me preguntaba
si quería otro, y le quiero,
lo admití sin repugnancia.

RUPER. En el caso de que el uno
fuera falso. No eres manca.

SOLE. ¡Verdad que lo que usted dé!...
(Le tira el duro sobre el mostrador y se va.)

RUPER. (Contemplándola con regocijo y picardía.)
¡Qué caderitas más anchas
y sandungueras que tiene
el diablo de la muchacha!

ESCENA II

DICHOS. DOÑA LAURA y CLOTILDE, muy elegantes. Se dirigen al sitio en que está Serafín leyendo. Éste, al verlas, deja el libro y se dispone á servirlas, lo cual ha de hacer siempre con exagerada amabilidad.

CLOT. ¿Abanicos?

SERA. Sí, señora.

CLOT. Saque usted.

SERA. (Volviéndose de espaldas para sacar más cajas. Motilón les ha puesto sillas y queda en el mostrador de la derecha.) Esta mañana
hemos recibido un gran
surtido de clases varias.
¿Quiere usted sándalo, ébano,
palo de rosa... de nácar?

LAU. Los veremos todos.

SERA. Bueno;
siéntense. ¡Ah! Me olvidaba...
¿Es para viuda?... ¿soltera?...

CLOT. No, señor: para casada.

SERA. ¿De cuántos años?

CLOT. De treinta,
dos meses y tres semanas.
Hemos debido traer (Con ironía.)
la cédula.

SERA. No hacía falta;
pero á veces es preciso

saber ciertas circunstancias.

(Doña Clotilde y Laura abren y cierran los abanicos y los examinan con detenimiento.)

LAU. Los quisiéramos mejores
aunque fuesen caros.

SERA. (A Motilón.) Saca
de los *mosmis* que ahí están
debajo de esas corbatas.

MOTI. (A Lucas, en voz muy baja para que no lo oigan los demás.) ¿De los *mosmis?* ¿Y qué es eso?

LUCAS. De los mismos, papanatas. (Pegándole. Motilón coge una caja, se la presenta á Serafín y éste á las señoras, que siguen abriendo y cerrando abanicos, dándoselos á Serafín, echándose aire con ellos y haciendo gestos de disgusto. Serafín va amontonando cajas y abanicos conforme avanza la acción del sainete.)

NARCI. (Haciendo como que habla por señas con una señorita á quien se supone en un balcón de enfrente. Este personaje aparece en la puerta y se coloca de espaldas al público desde las últimas palabras de Lucas á Motilón.)
¿A las siete? ¡Qué feliz!
¿Qué suba? ¿No? ¡Ya!... Pensaba...
Has hecho una *be*. ¡Ah! ¡Que sudas
cuando tu padre está en casa!
Como se asome tu primo
al balcón, no miro nada
y desde aquí le disparo
un tiro, y á ti, por falsa,
otro que te deje seca
lo mismo que una calandria.
¿Que no sea bruto? Lo soy;
y á mucha honra, ¡caramba!

ESCENA III

DICHOS. MENDIGO 1.º á la puerta.

MEN. Caballero, ¡una limosna
por Dios y la Virgen santa!

NARCI. Perdone, hermano... Te adoro. (Dirigiéndose á donde se supone que está el balcón).

MEN. Para pan.

NARCI. ¡Dale, matraca!...

Yo tomaré los billetes
para el estreno de Eslava.

MEN. Que no me he estrenado.

NARCI. Hombre...
ya le he dicho que no hay nada.
¿No ve usted que está estorbando?

MEN. Sí, señor; y esa es la causa
de no irme, á ver si me da
algo para que me vaya.

NARCI. No vivo sin ti; y á Dios
le pediré, si no me amas,
que me dé una pulmonía
ó que de un rayo me parta.

MEN. ¡Que Dios le conceda á usted
lo que le pida!

NARCI. ¡Ay qué lata!
Tome usted. (Le da dinero.)

MEN. Dios se lo pague.
Señorito, hasta mañana. (Vase.)

ESCENA IV

DICHOS, menos el MENDIGO 1.°

NARCI. ¡Ay, don Ruperto! ¡Qué pobres!
(Sigue de espaldas al público).
Pero ¿por qué no trabajan
como hacemos todos?

RUPER. Todos...
menos usted.

NARCI. Pues se engaña,
que á estas horas he asistido
á cinco clases.

RUPER. ¡Caramba!
Pues ¿qué estudia usted?

NARCI. Derecho.

RUPER. Derecho... como una estatua,
porque está usted todo el día
sin moverse para nada;
y más de cuatro señoras
van á entrar y las espanta.

NARCI. No es cierto.
RUPER. Luego, si usted
hiciera gasto en la casa,
menos mal.
NARCI. ¿Sí...? pues por eso
no quedará. Una corbata.
RUPER. Aquí tiene usté... á elegir. (Sacando una caja.)
NARCI. Acérqueme usted la caja,
porque de aquí no me muevo;
que si se asoma y repara
que no estoy, se va á enfadar,
y si la veo enfadada
me pego un tiro.
RUPER. ¡Hombre! ¡Usted
parece que anda de caza!
Está usted pegando tiros
á todas horas. (D. Ruperto se dirige á la puerta con una caja de corbatas que presenta á Narciso.)

ESCENA V

DICHOS, PAQUITA y MENDIGO 2.° En el fondo.

MEN. 2.° ¿No hay nada
para un pobrecito ciego
y sordo como una tapia?
NARCI. ¡Se asoma! Vuelva usted luego. (Al mendigo.)
PAQUI. Que vuelva usted luego.
(Gritando al oído del mendigo.)
NARCI. Anda;
márchate de aquí. La verde, (A don Ruperto.)
que significa esperanza.
¿Tiene usted cambio de mil
pesetas?
MEN. 2.° ¿Qué dice, Paca? (Bajando la cabeza á la altura de la niña para que ésta le repita á gritos lo que dice Narciso.)
PAQUI. Que si puede usted cambiarle
mil pesetas. (Gritándole al oído.)
MEN. 2.° ¡Santa Bárbara!
¡Qué atrocidad! ¡Eso es

burlarse de la desgracia!

NARCI. ¡Toma, si á ti no te digo!

(Le da dinero y vanse el pobre y Paquita.)

(Mirando al balcón.) Ahora vuelvo, que me llama.

(Vase.)

ESCENA VI

DICHOS, menos NARCISO, POBRE y PAQUITA.

RUPER. Luego me la comprarás,
porque de ésta no te escapas.
Ya que conviertes la tienda
en campo de tus hazañas,
te ha de costar el dinero.

JOAQ. Pero lo que á mí me extraña
es que el amo lo permita.

RUPER. ¿El amo? El amo está en Babia.
Tiene hace un año la tienda
por completo abandonada.
Le ha dado por figurar
y ser hombre de importancia.
Ahora quiere á todo trance
ser concejal.

(Durante el parlamento que sigue, da á Motilón unas cuantas facturas; éste las coge, como igualmente una caja con correa de las que se usan para llevar objetos, y vase por el foro, después de haberse puesto la gorra, que sea de las llamadas de plato, con una C. y C.ª encima de la visera.)

JOAQ. ¡Buena ganga!
¿Y qué adelanta con eso?

RUPER. ¡Figúrese usté! Adelanta
el quedarse sin un cuarto,
porque la cosa está clara.
Como nadie le conoce,
la elección, si ha de ganarla,
ha de ser á fuerza de oro,
de promesas y esperanzas.
Hoy es, como usted ya sabe,
el día de la batalla.
Pues antes de amanecer

ya estaba fuera de casa.
Cada diez minutos viene
y se dirige á la caja,
con agitación la abre,
con mano temblona saca
un paquete de billetes
en cantidades que espanta;
sale, vuelve, no saluda,
habla solo, no descansa;
y, en fin, que desde que ha entrado
la política en la casa,
no me cabe duda, el mismo
demonio metió la pata.

JOAQ. ¿Y su mujer?

RUPER. Su mujer,
¡pobrecilla! avergonzada;
y, es natural, porque dice
que su familia es cristiana
y jamás ha habido en ella
un concejal.

JOAQ. ¡Tiene gracia!
No hay mortal sin chifladura,
aunque la mía es bien cándida.
Yo, teniendo una boquilla
que culotar, ¡viva España!
Ni política, ni toros,
ni Fiesta Alegre, ni nada.
(Levantándose de la silla y dirigiéndose al mostrador en que está Ruperto.)
En uno de estos bolsillos
llevo casi siempre varias
que me traen á la memoria
fechas para mí muy gratas.
Ésta, cuando me casé;
(Va sacando sucesivamente las boquillas que indica.)
cuando creí que enviudaba;
cuando tuve el primer chico;
cuando entró á mandar Sagasta;
y ésta... ya no lo recuerdo.

RUPER. (Con ironía.) Sí; de cuando usted mamaba.

JOAQ. Tiene usted razón; de cuando

me hicieron vista de Aduanas.
¿Han venido algunas nuevas?

RUPER. ¡Ya lo creo! Y de Alemania.
Novedad verdad. (Marcándolo mucho.)

JOAQ. ¿A verlas?

(Joaquín se dirige al otro mostrador.)

LUCAS. Todavía no están marcadas.

RUPER. No importa. Ponle lo justo,
lo que nos cuestan, y basta.
Erre y *jota*. (Que es lo mismo
que dos duros más en cada
boquilla. Las aficiones
es necesario explotarlas.)

(Don Joaquín pasa al lado donde está Lucas: éste saca un cajón con boquillas, que examina aquél con avidez.)

ESCENA VII

DICHOS. CARRANZA por la puerta de la izquierda, figurando que habla con alguien que está dentro.

CARR. Bueno; yo haré lo que quiera,
que en mi casa soy el dueño.

JOAQ. ¡Don Felipe!...

CARR. Adiós, amigo.

JOAQ. ¿Qué le ocurre á usted? ¿Qué es eso?

CARR. Mi familia, que va á dar
conmigo en el cementerio.

RUPER. Tu familia, que se empeña
en que no pierdas el seso
y atiendas á tus negocios,
que debe ser lo primero.

CARR. ¡Me gusta! Ten entendido
de hoy para siempre, Ruperto,
que el llevar veintidós años
en esta casa, no creo
que te autorice á meterte
en lo que te estás metiendo.
¡Vaya! Figúrese usted (A Don Joaquín.)
que anda tan mal el comercio,
que hay que vender por noventa

lo que nos cuesta uno y medio;
que entre las contribuciones,
las tarifas, el impuesto
de consumos, y además
otra porción de derechos,
el comerciante no tiene
sobre qué caerse muerto,
y yo tendré que morirme
de pie, lo cual es molesto.
Mi situación—le decía—
se empeora por momentos:
mis chicos sin ropa; yo
con este traje y el puesto;
mi mujer medio desnuda,
por no decir que está en cueros...

JOAQ. ¿Puedo verla?
(Haciendo el movimiento de echar á andar.)

CARR. Ahora, imposible.
Si está presa...

JOAQ. (Alarmado.) Pues ¿qué ha hecho?

CARR. (Riéndose.) ¡Hombre, por Dios! Digo presa
de un gran ataque de nervios,
nada más que porque en estas
elecciones me presento
concejal, cuando lo hago
precisamente por ellos.
Porque siendo concejal,
ni pagaré los impuestos,
ni pagaré las tarifas,
ni pagaré los derechos
de consumos, y á muy poco
que me apuren, ni al casero.
Además, mi afán es moralizar el Ayuntamiento.

CLOT. (Viendo un abanico.)
¡Qué avestruz... tan mal pintado!
Yo creí que era un jilguero.

CARR. Me voy á ver cómo va
la elección. Conque hasta luego.
(Al irse le sale al paso Cayetano, hombre del pueblo, pero bien vestido. Es gallego.)

ESCENA VIII

DICHOS, CAYETANO. **Pronunciación marcadamente gallega.**

CAYE. Buenos días, don Felipe.
CARR. Buenos días, Cayetano.
CAYE. Me alegro de verle bueno,
porque estoy hace un gran rato
pra entrar aquí, y como siempre
veo el comercio ocupado,
he sentido curtedaz
para darle á usté un recadu.
CARR. ¿De parte de quién?
CAYE. De un ser-
vidor que besa su mano.
CARR. Hombre... ahora estoy muy de prisa.
CAYE. En un momentu despachu:
es una curiosidaz
que está revoloteyando
por todo mi cuerpo, y quiero
que usté me saque del paso.
Dígame usté, don Felipe:
¿á usté nu le han reventadu
alguna vez? Cun franqueza...
como si fuera su hermano.
¿Que le han reventadu? Bueno.
¿Que no? Pues este que traigo,
(**Enseñándole un gruesísimo bastón.**)
tráigolo yo aquí con el
objeto arriba indicado.
CARR. Dígame usted lo que quiere,
pero en términos más blandos.
CAYE. Baje usted la voz, que ni
estoy sordo ni borrachu,
y yo merezcu respeto
porque soy buen ciudadano
y trabajo honradamente
y honradamente lo gasto;
y si bebo, es cuando quiero
hablarle á un amigo claro.

Yo soy mozo de barriga
de la tahona de don Paco.
Don Paco es, como usted sabe,
el candedato contrario
de usted, y como nun salga
concejal el señor Paco,
le doy á usté un recorrido
desde el tubillo hasta el cráneo
de la cabeza, que tienen
qui introducirle en un sacu
si han de llevarle á jurar
al Ayuntamiento el cargu.
Conque su candedatura
ya la está usted retirando.

CARR. Eso al cuerpo electoral,
que es el que me ha designado.

CAYE. Es que pra mí no hay más cuerpo
que este cuerpo que me traigo.
(Blandiendo el garrote.)
Mire usted que aunque de Vigo
soy muy chulo y soy muy guapu,
que me mire usted de frente,
que me mire usted de lado.

CARR. Vamos, déjeme usted en paz.
A mí me ha dicho su amo
que no ambiciona ese puesto.

CAYE. Pues pur eso está empeñado
todu el destrito en sacarle
vetorioso; porque, es claro,
por lo mismo que no quiere,
desempeñará su cargo
con fedeledaz, equidaz
y aseo... porque es aseado.

CARR. ¡Hombre... venga usted acá!...
(Aparte á Rup.) (Lo que éste busca son cuartos.)
Tome usted cuarenta reales
para que se eche usted un trago.

CAYE. (Con dignidad cómica.)
Eso es para mí una ofensa;
y á un eletor de mi rango,
el darle dinero, es darle

pur la espalda un navajazu.
En fin, vengan los dos duros.
Mas conste que no me ablando
ni me vendo... y si le votu...
porqui he de votarle... lu hago
por gratetuz.

CARR. ¡Se comprende!

CAYE. Ahora, dieme usté esa mano.
(Con risa estúpida.) ¿Lo ve usté cómu la gente
hunrada se entiende hablando?

CARR. Cierto, cierto. Ea; á votar.

CAYE. Pero, por Dios y los santos,
que conste que no me vendu.

CARR. ¡Ya se sabe!

CAYE. (Y no le engaño,
porque le tomo el dinero
y luegu votu á mi amu.) (Vase.)

ESCENA IX

DICHOS, menos CAYETANO.

JOAQ. ¡Tiene gracia!

CARR. ¿Lo ve usted? (A Joaquín.)
(A Ruperto.) ¿Te convences, viejo raro?
Con dinero se consigue
todo en el mundo.

RUPER. No tanto.
Lograrás algunos votos
de dos ó tres mentecatos;
pero no la estimación
de todos los ciudadanos,
porque ésa sólo se alcanza
á fuerza de gran trabajo,
de virtudes y otras prendas
que Dios á ti te ha negado.

CARR. ¡Ah! ¿No ha vuelto todavía
con las cuentas el muchacho?
Me va á hacer falta dinero.

RUPER. ¿A que no te trae un cuarto?

ESCENA X

DICHOS. MOTILÓN con la caja y las facturas.

CARR. Ya viene aquí. ¿Me traerás
veinte mil reales lo menos?

MOTI. (Mal humorado y tirando una á una sobre el mostrador las cuentas conforme va diciendo nombres.)
¡Ca! No, señor. Si en Madrid
no hay nadie que tenga un céntimo.
Don Pedro Sánchez no estaba
en su casa, porque ha muerto
de repente... un primo suyo
que residía en Oviedo.
Cruz... ese señor que ha sido...

CARR. Sí; ministro de Fomento. (A D. Joaquín.)
En las tarjetas se pone
«ex ministro» el majadero;
pero lo pone con ese
y cree que lo está siendo.

MOTI. Que ya vendrá por aquí.
Don Sebastián... me ha devuelto
los guantes y las corbatas,
diciéndome que ni éstos
son guantes, ni éstas corbatas. (Sacando de la caja varios guantes y corbatas destrozados.)

RUPER. ¡Claro! después de año y medio...

MOTI. También vendrá por aquí
á que le vuelva el dinero.
De lo contrario, no vota
á favor de usted.

CARR. Ruperto:
ya lo oyes... Cuando venga
devuélvele...

RUPER. ¡Por supuesto!
¿Sabes que con la política
vamos á echar muy buen pelo?

CARR. ¿Y los demás?

MOTI. ¿Los demás?
(Tirando las facturas sobre el velador).
Se alegran que esté usted bueno.

JOAQ. ¡Qué escándalo!

CARR. Ea; adiós.

JOAQ. Que si triunfa usted yo espero...

CARR. Encargo á París hoy mismo
una boquilla de mérito
con mi busto de tamaño
natural.

RUPER. ¡Echa!

JOAQ. La acepto.
Me voy con usted, que ya
en su elección me intereso.
Concejales como usted
honran al Ayuntamiento.

CARR. Usted me conoce.

JOAQ. (A Lucas.) ¡Ah!
Cuatro boquillas me llevo.
Ya las pagaré.

RUPER. (Con mucha ironía.) ¿Usted vota
por Felipe?

JOAQ. ¡Ya lo creo!

RUPER. Pues, entonces, no las pague.
Es suficiente con eso.

CARR. ¡Mamarracho! Si la baba
se te va á caer en viendo
que me hacen teniente alcalde
ó quizá alcalde primero.

RUPER. (En tono muy burlón.)
Adiós... Cubas... Da expresiones
mías al doctor Esquerdo.
(Vanse Carranza y D. Joaquín.)

ESCENA XI

DICHOS, menos CARRANZA y D. JOAQUÍN

SERA. (A Doña Clotilde.)
Suba usted un poco, señora.

CLOT. Baje usted algo.

SERA. Si no puedo.

CLOT. Pues yo no subo.

SERA. Pues yo

no bajo ni un solo céntimo.
Alárguese usté algo más.

CLOT. Encójase usted primero.

SERA. Vamos, se lo dejo en ocho.

CLOT. En cinco, y es trato hecho.

SERA. Se le doy en lo que marca:
siete cincuenta.

LAU. ¡Qué terco!

SERA. Pero, señora, ¿usted cree
que estoy mal con mi dinero?

CLOT. Pues vamos á ver los otros.

SERA. (Ap. á Lucas.) (Lucas, ven aquí un momento,
que yo ya estoy mareado
y voy á caerme al suelo.)
Con el permiso de ustedes. (A ellas.)

LUCAS. (Muy amable.) Vamos á ver si yo tengo
mejor mano. Ya verán
cómo al fin nos entendemos.
(Sigue despachando y discutiendo en voz baja.)

ESCENA XII

DICHOS y DOÑA SINFOROSA, PATRO y PETRO, lujosamente vestidas.

SINF. Muy buenas tengan ustedes.

RUPER. Felices. Cuánto celebro...

SINF. Venimos á lo de siempre,
á dejar aquí el dinero.

RUPER. Sin las clases opulentas,
¿qué sería del comercio?
(Doña Sinforosa se sienta al lado izquierdo.)

PETRO. (A Doña Sinforosa.)
Mientras haces esas compras,
para no perder el tiempo,
Serafín puede probarme
los guantes.

SERA. (Preparándose á servirla y colocando sobre el mostrador la almohadilla que se usa para poner guantes.)
En el momento.

PATRO. Yo también los necesito,
porque éstos están muy viejos.

RUPER. (A Motilón.) Sirve tú á esta señorita;
anda. (Motilón pasa á la derecha del mostrador.)
PATRO. No, señor; prefiero
que Serafín me despache.
SERA. Bien; pero á las dos á un tiempo...
es imposible.
PETRO Es verdad;
sírvame usté á mí primero.
PATRO. (Con marcada ironía.)
Sí; que al fin y al cabo eres
la mayor.
PETRO. No es verdad eso,
porque ambas somos gemelas.
SERA. ¿Gemelas?
PETRO. O poco menos,
porque la llevo dos meses
nada más.
SERA. (¡Pues no lo entiendo!)
¿Y de qué color los guantes?
PETRO. Yo blancos.
PATRO. ¿Sí? Pues yo negros.
Y haces mal en elegirlos
blancos, porque no teniendo
vestido de seda, harás
un papel de lo más feo...
PETRO. Serafín, no haga usted caso;
diga usted que sí le tengo..
PATRO. Diga usted que no.
PETRO. Mamá,
regáñela usted.
SINF. (Que habrá estado hablando en voz baja
con D. Ruperto.) ¿Qué es eso?
¿Empezáis ya?
PETRO. Yo no soy.
SINF. Patro, deja en paz á Petro. (A D. Ruperto.)
¿Las ve usted así? Pues se adoran
las dos; pero con extremo.
En casa es una delicia...
siempre de broma y jaleo.
Coge la badila Patro
y le da con ella á Petro

en las narices, y Puri,
la más chica, va corriendo
detrás, y con las tenazas
á Boni, el niño pequeño,
le pellizca las orejas
ó le chamusca los pelos.
Segis, que es el medianito,
no puede vivir sin Petro.
Ayer le tiró una fuente
de ensalada de pimientos
que, si no es por Celes, cae
sin decir Jesús al suelo.
Todo por puro cariño.

RUPER. ¡Se comprende! Según eso,
su casa de usted será...

SINF. Una sucursal del cielo.
Y á Dios pido me conserve
para solaz y contento,
á Boni, á Segis, á Celes,
á Patro, á Puri y á Petro.
Creámelo usté, don *Rúper*.

RUPER. Doña *Sinfo*, no lo niego.

SINF. Y como voy para vieja...
los hijos son mi consuelo.

RUPER. ¿Vieja? ¡Ca! ¡Qué tontería!

SINF. Sí; que los cuarenta peino.

RUPER. Entonces, yo soy más joven.

SINF. ¿Cuántos peina usted?

RUPER. No llego
á peinar veinte.

SINF. (Con asombro.) ¿Veinte años?

RUPER. (Quitándose el gorro y dejando ver una calva con poquísimo pelo.) No, señora; veinte pelos.

SINF. Vamos á nuestro negocio,
que aun no he dicho á lo que vengo.
(Durante el diálogo precedente y el que sigue, Serafín prueba guantes á Patro, y cuando el diálogo lo indique, Lucas á Petro, figurando que sostienen una conversación muy animada.) Mire usté, se trata de
un muchacho amigo nuestro
que se casa, y yo quisiera
regalarle algún objeto.

de gran valor, elegante,
de novedad y de mérito;
pero, francamente, que
me cueste poco dinero.

RUPER. ¿Cuánto quiere usted gastarse?

SINF. Tres duros... ó tres y medio
si lo mereciese.

RUPER. (Como vacilando.) Entonces...
Espere usté á ver si encuentro...
(Buscando objetos que presentarla.)
¿El novio es de confianza?

SINF. A mí no me importa eso.
Será á la novia en tal caso.

RUPER. Si le tratan hace tiempo.

SINF. ¡Ah!

RUPER. Porque ayer han llegado
unos calzoncillos...

SINF. Petro,
¿tú sabes cómo anda el novio
de ropa blanca?

PETRO. De cuellos
y de puños, decentito;
de lo demás...

LUCAS. (A Motilón) Tú, mastuerzo...
(A Clotilde y Laura.) Con permiso... ven acá.
Entretanto iré sirviendo
á esta señorita yo,
que trae priesa, según creo. (Por Patro. Motilón se dispone á despachar á Clotilde y Laura.)

LAU. Y éste, ¿cuánto? (Cogiendo un abanico.)

MOTI. Seis pesetas.

LAU. ¿No puede ser algo menos?

MOTI. Si me cuesta más, señora.
Es abanico de precio. (Continúa despachándolas.)

LUCAS. (Probando los guantes á Patro.)
¡Qué mano más diminuta!
como de un niño pequeño.
¡Ay! ¡Quién fuera militar!
(Suspirando con exageración.)

PATRO. Pero ¿por qué dice usté eso?

LUCAS. (Suspirando como antes.) ¡Ay! Porque los militares

tienen un partido inmenso
entre ustedes, y su novio
será capitán lo menos.

PATRO. ¡Ca! No, señor; si ahora empieza.
Segundo teniente... de esos
que en la bocamanga llevan
dos galones muy estrechos.

PETRO. (Burlándose.) Como que han dado en llamarles,
con muchísimo salero,
comandantes de vía estrecha.

PATRO. Mamá, regañe usté á Petro,
porque me está avergonzando.

SINF. Dejadme en paz. (A Ruperto.) El tintero
no me llena.

RUPER. (Que habrá puesto ya sobre el mostrador multitud de objetos.) Es de metal
finísimo todo esto,
y la hoja del cuchillo,
mire usted, de asta de ciervo.

SINF. Eso ya tiene... Quisiera
una cosa de provecho...
algo que le fuera útil.

RUPER. Pues, señora, yo no acierto.
¡Ah! Puede usted regalarle
dos docenas de pañuelos
para frac... ó estos tirantes (Presentándola una caja donde figura que hay tirantes.)
bordados, de mucho mérito.

SINF. ¿A ver? Si no sabe una
cómo acertar. Oye, Petro,
¿gasta tirantes?

PETRO. ¿Acaso
sé yo como va por dentro?

LUCAS. (Después de haber puesto un guante á Patro.)
Éste ya está. Ahora el otro.
¡Ay! (Suspirando.)

PATRO. Lucas, por lo que veo
usté está malo.

LUCAS. ¡Ay! Lo peor
es que decirlo no puedo.
Si es que yo he nacido poeta

y sufro mucho en silencio!
Si me dejaran volar!...

PATRO. Pues vuele usted.

LUCAS. Es horrendo
tener un alma sensible
y dedicarla al comercio.

SERA. ¿Ustedes todas las noches
continuarán asistiendo
al Teatro Real?

PETRO. Antes muertas
que faltar. ¡Si procedemos
de los músicos más célebres
que ha habido en el extranjero!
Nuestra pasión es la música.
Papá, que es muy circunspecto,
nos riñe cantando, y
cantando le respondemos.
Ayer rodó la escalera
y se dió un golpe tremendo.
Pues cantando el *Miserere*
nos participó el suceso.
Tiene una voz tan suave...
canta con un sentimiento...
Anteayer enternecía.

SERA. No era el caso para menos.
¿Y cuando el Real se cierra,
qué hacen ustedes?

PETRO. Meternos
en un teatro de piezas.

SINF. Pero siempre prefiriendo
aquel teatro que tiene
más *numeroso* el sexteto.
Y eso que ya la afición
va en España decayendo.
Antes moría un amigo,
y daba gusto. ¡Qué entierro!
¡Qué funerales! ¡Qué tiples
cantaban el *Tantum ergum!*
Y ahora ni á misa mayor.
Yo, si voy, es en mi pueblo,
porque allí tocan el dúo

de «los paraguas».

RUPER. (¡Zopencos!)

SERA. (A Patro, como está escrito.)
¿Usted será *dilletanti*
también?

PATRO. ¿Quién, yo? Ni por pienso.
A mí déme usté un buen drama.

SERA. Hija, de eso no tenemos.

PATRO. Quiero decir, que un buen drama
á las óperas prefiero.

LUCAS. Usté es de los míos.

SERA. Sí;
ahí donde le está usted viendo
es poeta el pobrecillo.
Ayer escribió un soneto...
si le viera usted... capaz
de resucitar á un muerto.

LUCAS. Se llama: «¡Cómo me pican
los sabañones!»

PATRO. Lo siento,
porque á mí también me pican
y muchas noches no duermo.

LUCAS. No, señora; si ése es
el título del soneto.

SINF. ¿Y qué función hacen hoy
en el Español?

LUCAS. No puedo
decírselo á usted, porque
no está todavía resuelto.
He visto el cartel y dice,
en letras gordas por cierto,
que hacen *Otelo ó el moro
de Venecia,* y yo sospecho
que una de las dos será.

SINF. (A Ruperto.) Este chico es muy despierto.

RUPER. Instruidísimo. ¡Si usted
le viera fregar el suelo!...

SINF. Ea; ¿estáis ya? (Levantándose.)

PATRO. Falta poco.

SINF. Pues mire usted, don Ruperto,
francamente, me parece

carísimo todo eso.
Siento mucho la molestia.

RUPER. No, señora; nada de eso.
Estamos acostumbrados...
(A que nos tomen el pelo.)

SINF. (A Patro y Petro.)
Que tenemos hoy muchísimo
que hacer... que va á faltar tiempo.
Desde aquí á Apolo, á pedir
tres butacas, que hay estreno.

LUCAS. ¿Van ustedes?

PETRO. Sí; el autor
es un chico á quien queremos.
¡Qué gusto si le patean!
Es cuando más me divierto.

SINF. Después á pedir á López,
que le han hecho consejero
del Norte, cuatro billetes
de primera, para Oviedo;
que, siendo amigo, no es cosa
de que nos cueste el dinero.

PATRO. No olvide usted que mañana
se inauguran los conciertos.

SINF. Ya he pedido á Mancinelli
que nos mande un entresuelo.

PETRO. Y los toros el domingo.

SINF. Tu padre corre con eso,
porque es amigo de Miura
desde que era muy pequeño,
y su familia le quiere
como si fuera uno de ellos.
Tendremos palco, de fijo.
Le digo á usted, don Ruperto,
que en estas chicas me gasto
un capital.

RUPER. (Con ironía.) ¡Ya lo creo!

SINF. Un cápital... (en saliva,
porque estoy siempre pidiendo). (Vanse las tres, despidiéndose con muchos cumplimientos.)

ESCENA XIII

DICHOS, menos SINFOROSA, PATRO y PETRO.

RUPER. Pues, señor, lo que es el día
se nos presenta muy bueno.
De seguir así, no hay duda,
mejor será que cerremos;
y el caso es que con estar
aquí de pie tanto tiempo,
me he quedado frío... Á ver
si en la puerta me caliento.
(Sale del mostrador; se dirige frotándose las manos á la puerta del foro; queda de espaldas al público, y las frases que pronuncia á continuación, figura que se refieren á las personas que van pasando por la calle.— A una que pasa besando á su hijo.)
Quisiera ser ese niño
á quien va usted dando besos...
—¡Vaya usted con Dios, morena!
—¡Bendito sea ese cuerpo!

UNA CHULA (que pasa rápidamente).
¡El demonio del hortera,
se está cayendo de viejo!

RUPER. ¡Pues todavía soy joven...
(Riéndose, como si le hiciera gracia lo que dice.)
comparado con mi abuelo!
—Adiós, hermosa... ¡Qué carnes!
(Con pasión.) ¡Las gordas son mi embeleso!
(Frotándose las manos y dirigiéndose al mostrador.)
Ea, ya he entrado en calor;
voy otra vez á mi puesto.

CLOT. Este es un poco ordinario.

SERA. Sí; es algo churrigueresco.

LAU. Y diga usted, ¿por qué llaman
así á todo lo que es feo?

SERA. Porque en el siglo pasado
hubo en Madrí un arquitecto
que se llamaba Churruca...
el que construyó, por cierto,
la fachada del Hospicio.

CLOT. ¡Ah, sí! ¡Tiene usted talento!
SERA. No, señora... la afición...
es que estoy siempre leyendo
y se me pega muchísimo.
(En este momento le pega Ruperto un cachete á Motilón.)
MOTI. Y á mí también... y no leo.

ESCENA XIV

DICHOS y el BARÓN.

BARÓN. Señores...
RUPER. Señor barón,
¿cómo está usted?
BARÓN. Bueno, gracias.
RUPER. Y guapo, y joven, y airoso.
¡Si parece que no pasan
por usted los años!
BARÓN. Pues
no me cabe duda, cada
año tengo más edad,
y conforme el tiempo avanza
se va uno haciendo más viejo.
RUPER. ¡Viva el ingenio y la gracia!
En cuanto abre usted la boca
dice una... (perogrullada).
Comprendo que sea usted
ídolo de las muchachas,
que le adoren las solteras...
BARÓN. Y mucho más las casadas.
Crea usté que me veo negro.
Me ocurren cosas que pasman:
hago la mar de conquistas,
y muchas veces en casa
me miro al espejo y digo:
Señor, ¿qué hay en esta cara?
¿qué hay en este cuerpo? ¿qué hay
en mi conjunto que llama
la atención del sexo débil,
que me abruma y me embaraza?

RUPER. ¿Qué ha de haber? Que es usted rico,
generoso con las damas,
(idiota) y hombre de chispa,
(memo) de talento y gracia...
¿Y á qué debemos la honra...?

BARÓN. Se puede decir que á nada.
¿Tiene usté ahí mil pesetas?

RUPER. Sí, señor; ¡pues no faltaba...!

BARÓN. Démelas usted.

RUPER. Eso no,
porque me hacen á mí falta.
Si no fuera así, en seguida,
porque todo se arreglaba
con unirlas á la cuenta
que tiene usté en esta casa. (Con ironía.)

BARÓN. ¡Pillín! Vaya una manera
tan fina y tan delicada
de recordarme el piquillo...

RUPER. Si ya no es pico, si es águila.
¡Señor barón!... yo lo siento...

BARÓN. Bien: pues déme usté una caja
de medias de seda azules...
no; mejor es... encarnadas:
se las pagaré en el acto.

RUPER. En ese género raya
á gran altura esta tienda;
¡no hay otra igual en España!
Si á su señora de usted
las amarillas le agradan...
porque son de última moda.

BARÓN. ¿Mi señora? (Con malicia.)

RUPER. ¡Ah, ya! Basta. (Con picardía.)

BARÓN. Que las lleven al momento
muy cerca de aquí, á la plaza...
(Bajando la voz y hablándole al oído.)

RUPER. Descuide usted.

ESCENA XV

DICHOS. La BARONESA con el AMA de cría, que lleva un niño en brazos.

BAR.ª ¡Maridito!
BARÓN. (¡Ay, mi esposa! ¡Virgen santa!)
BAR.ª ¡Cuánto me alegro de verte!
¿Qué haces aquí?
BARÓN. Pues compraba...
RUPER. (Anticipándose como para sacar del apuro al barón.)
Estas medias para usted.
BAR.ª Te lo agradezco en el alma.
Pero me extraña que tú,
que no te fijas en nada...
BARÓN. Pues ahí tienes tú, me fijo.
BAR.ª Está bien: vengan, y gracias. (A Ruperto.)
Que las pongan en el coche.
(D. Ruperto se las entrega á Motilón, y éste sale por el foro, volviendo al poco rato.)
BARÓN. ¿Y tú á qué vienes?
BAR.ª El ama,
que se le ha antojado un
pañuelo de seda grana.
RUPER. Los tengo, y de clase extra.
BAR.ª ¿A ver? Siéntese usted, ama.
AMA. ¡Quiero crecer! (Con muy mal gesto y desabrida.)
BAR.ª (Aparte al barón.) (Ahí la tienes
con un hocico de á cuarta,
porque ha visto unos pendientes
de oro con esmeraldas
y no he querido comprárselos
por razones que se callan.)
RUPER. ¿Es hijo de usted? (Refiriéndose al niño.)
BAR.ª Sobrino,
el chiquitín de mi hermana.
RUPER. ¡Ah!
BAR.ª Yo chicos, no los quiero
ni me hacen ninguna falta:
dan muchísimo que hacer,

(Mirando con intención al ama.)
y sobre todo las amas.
Debieran nacer los niños
con la carrera acabada.

AMA. (Con mal gesto.)
(Y además con el canuto
de la licencia en la faja.)

RUPER. (Que ha sacado cajas de pañuelos.)
Tiente usté el género; vea
la clase; los hay á rayas
y lisos. (La baronesa los examina.)

BARÓN. (Acercándose al ama y contemplando al niño.)
¿Está durmiendo?

AMA. (Siempre malhumorada).
Sí, señor: cuando nun mama
es que duerme.

BARÓN. (Retirándose.) ¡Bueno, bueno!
(El mejor día nos mata.)

BAR.ª (Después de haber escogido dos pañuelos.)
Estos dos. (Al ama.) ¿Quiere usted más?

AMA. Otros cuatro... ésos se rajan
en seguida... son baratos
y nun sirven para nada.

BAR.ª ¿Y cuánto? (A Ruperto.)

RUPER. Ochenta
pesetas... para usted.

BAR.ª (Levantándose.) Si no rebaja
no los llevo... son muy caros.

RUPER. Señora, si es lo que marcan.
Se los doy á usted de balde
si en otra parte los halla
más baratos. (Frotando los pañuelos y haciéndolos una pelota.) Seda pura,
no tienen de algodón nada.

BAR.ª Si no los encuentro en otra
tienda, volveremos... ¿Ama?
¿Y tú dónde vas ahora? (Al barón.)

BARÓN. Al Congreso, porque Cánovas
me ha encargado que no falte.

BAR.ª ¿Vas á hablar al fin? (Con asombro.)

BARÓN. (Con petulancia.) ¡Anda, anda!

y á derribar al Gobierno.

BAR.ª ¿A derribarle? ¡Qué lástima
me da el Gobierno! ¡No dura,
de fijo, ni una semana!
Adiós. (A D. Ruperto.)

BARÓN. (Acercándose al ama y dando un beso al niño.)
¡Un beso!

AMA. (Muy bajo para que no lo oiga la baronesa.)
(Nun tienes
vergüenza nenguna.)

BARÓN. ¡Calla! (Vanse. Cuando desaparecen, todos se echan á reir.)

ESCENA XVI

DICHOS, menos BARÓN, BARONESA y AMA.

RUPER. ¡Pobre barón! Cuando menos
el infeliz lo esperaba,
¡cataplúm!

LUCAS. ¡Si está Madrid
que arde!... ¡Si cada casa
es un lío!

RUPER. Por si vuelve
le prepararé otra caja. (Saca otra de la estantería.)

ESCENA XVII

DICHOS y el BARÓN, que entra muy agitado.

BARÓN. Don Ruperto, ¿ha visto usted
lo ocurrido?

RUPER. De eso hablaba.

BARÓN. ¿Tiene usté más medias?

RUPER. Todas
las que á usted le dé la gana.
¿Le gustan éstas?

BARÓN. Preciosas.
Mándelas usté á la plaza...

ESCENA XVIII

DICHOS y la BARONESA.

BAR.ª ¿Me he dejado la sombrilla
aquí?

RUPER. Sí, señora. (Entregando á la baronesa la sombrilla, que habrá dejado antes olvidada.)

BAR.ª ¡Calla!
¿Otra vez tú? ¿Pues qué haces?

BARÓN. (Turbado.) Nada, hija mía; compraba
más medias... Las amarillas
me parecían muy claras,
y he venido porque éstas,
como ves, son encarnadas;
y así tienes los colores
de la bandera de España.

BAR.ª ¡Vengan! ¡Qué obsequioso eres!
¡No hay en el mundo una alhaja
como tú! Adiós, don Ruperto.

BARÓN. Hasta luego... hasta mañana,
quise decir.

BAR.ª (Con intención á D. Ruperto.) Tenga usted
las azules preparadas...
porque de seguro vuelve...
en cuanto me deje en casa. (Vanse.)

ESCENA XIX

DICHOS y CARRANZA (apresuradamente y dirigiéndose al mostrador).

CARR. (A Ruperto.) Dame quinientas pesetas,
pero en el momento; anda:
necesito veinte votos
y hay que pagarlos; despacha.
(Entra Ruperto en la puerta izquierda.—A Motilón.)
Y tú, corriendo, al café...
treinta *bisteks* con patatas,
treinta raciones de queso,
treinta botellas de Málaga

y treinta cafés, con treinta
gotas... y todo en volandas
al colegio electoral...
travesía de Moriana. (Vase Motilón por el foro.)
¡Hoy comen mis electores
más que en catorce semanas!

RUPER. (Que ha salido con billetes que da á Carranza.)
Nos vas á arruinar, Felipe;
con el dinero que sacas,
no digo yo concejal,
¡se puede ser hasta Papa!

CARR. ¡Qué revolcón va á llevar
el señor Paco! Ese mandria
se figura que con ser
honrado y moral le basta
para vencer... y no entiende
que siempre en estas campañas
quien no tiene una peseta
se suele quedar á pata.
(A Ruperto.) ¿Vosotros habréis votado?

RUPER. ¿Quién?... Lo que es yo no pensaba...

CARR. ¿Cómo que no? Pues me gusta.
A ver... y esos papanatas
¿qué hacen aquí? A votar
á escape... (Dándoles á los tres papeletas.)
¡Pues tendría gracia
que por tres votos perdiera
la elección! Cierra la caja, (A Ruperto.)
y andando: ustedes lo mismo.

RUPER. Pero, entonces, ¿quién despacha
quedando esto solo?

CARR. Yo.
(Ruperto entra en la puerta de la izquierda.)
Y con noticias exactas
venid pronto, que os aguardo.

SERAF. Yo ya estoy. (Poniéndose el sombrero.)

LUCAS. Pues por mí, en marcha. (Idem.)
Ahí quedan esas señoras.

CARR. Yo las serviré.

RUPER. (Que ha salido un momento antes, le dice desde la puerta del foro.) ¡Carranza!

que yo me lavo las manos,
que juro en Dios y en mi alma
que es una barbaridad
lo que haces.

CARR. Bueno, basta.

RUPER. Que tu negocio está aquí,
dentro de tu misma casa.

(Vanse los tres haciéndose mutuamente señas de que Carranza debe estar chiflado. Durante las escenas anteriores ha obscurecido, y Carranza en este momento oprime el botón de la luz eléctrica y se ilumina la escena.)

ESCENA XX

CARRANZA, CLOTILDE, LAURA. Después NARCISO por el foro.

CARR. (Dentro del mostrador de la derecha, y desde aquí al final muy nervioso y distraído.)
¿Conque ustedes lo que buscan
son abanicos?

CLOT. Y es lástima
no hallar uno que nos guste.

CARR. ¡Ya lo habrá!

LAU. ¿Y éste, qué marca?

CARR. (Sin darse cuenta de lo que dice, después de haber mirado la etiqueta del abanico.)
¡Seis mil duros... que me cuesta
la elección!

LAU. (Cogiendo el abanico y asombrada.)
¡Quién lo pensara!
¡Pues yo no le encuentro el mérito!

CARR. ¡Perdone usted! ¡Si no estaba
en lo que hacía!

LAU. ¡Ah!

CARR. (Mirando otra vez la etiqueta del abanico.)
Este...
M y H... tiene gracia...
Pues no lo sé. (¡Qué vergüenza!)
(Viendo á Narciso en la puerta y volviendo un poco la cabeza.) ¡Ay, don Narciso me salva!
Escuche usted, don Narciso,

M y H, ¿cuánto marca?

NARCI. (Sin moverse de la puerta.)
Diez pesetas. Si la H
está después, no hay rebaja;
es lo que nos cuesta... vamos
lo que le cuesta. (Mirando al balcón.)
¡Ay, me ama!
¡Que me ama, don Felipe!

CLOT. ¿Y éste? (Por otro abanico.)

CARR. (A Narciso.) ¿Jota entrelazada
con la R?

NARCI. ¡Cinco duros!
Han llegado esta semana.

LAU. ¿No los tiene usted de blonda?

CARR. Sí, señora... ¿Dónde estaban?...
Don Narciso... ¿los de blonda?...

NARCI. Están en la quinta tabla.
(Muy contento y figurando que habla con su novia.)
¿Que suba otra vez? ¡Monísima!

CARR. No suba usted, que hace falta.

NARCI. Hasta luego. (Sin hacerle caso, desaparece.)

CARR. ¡Soy perdido!
(A las señoras.) Ya sé. ¡Verá usted elegancia!
(Coge una caja y la abre.)
¡Son tirantes! ¡Ay, Dios mío,
yo no sé lo que me pasa!
(Coge otra y la abre.)
¡Éstos son... blonda riquísima!
¡Digo, no... si son elásticas!

LAU. (Levantándose.) No se apure usté... otro día
volveremos con más calma.

CLOT. Será mejor...

LAU. Hoy tenemos
mucha prisa... Hasta mañana. (Vanse por el foro.)

ESCENA XXI

CARRANZA. Después NARCISO.

CARR. Estoy á los pies de ustedes.
Pues con cuatro parroquianas
como estas dos, no me queda
vida para despacharlas. (Paseándose muy agitado.)
¡Qué angustia, qué incertidumbre!...
No, la verdad es que tardan...
Si triunfo, no cabe duda,
la satisfacción me mata;
y si me derrotan, doy
un estallido de rabia.
¡Arruinado para siempre!
No, no; ¡si está trabajada
la elección con un acierto
y con una diplomacia!...
Yo, de mi puño y mi letra,
para que no me engañaran,
puse mi candidatura,
la repartí por las casas,
y escribí las circulares
exponiendo mi programa:
«Moralidad y... adoquines.»
¡Y esta causa es muy simpática!
(Asomándose á la puerta.)
Nada, no vienen... Me voy
aunque deje abandonada
la tienda... porque el asunto
es de altísima importancia.
Yo rogaré á algún vecino...
(Viendo á Narciso que aparece de nuevo y entra en escena.) ¡Don Narciso de mi alma!

NARCI. No me quiere... yo creí...

CARR. Por Dios y la Virgen santa
quédese usté aquí un momento;
¡vuelvo en seguida!

NARCI. ¿Qué pasa?

CARR. Mi elección... estoy inquieto...

ya debe estar terminada...
NARCI. Vaya usted tranquilo, que
yo me quedo aquí de guardia.
(Vase Carranza precipitadamente.)

ESCENA XXII

NARCISO, que en cuanto se va CARRANZA empieza á hablar por señas con su novia: aparece el POBRE 2.º

POBRE. ¡Señorito, una limosna
al ciego!
NARCI. ¡Ay, una carta! (Mirando al balcón.)
Allá voy. (Al pobre.) Eche aquí un ojo.
¡Vuelvo pronto... no se vaya! (Vase.)
POBRE. ¡Que eche aquí un ojo, Dios mío...
qué más quisiera mi alma! (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA

Salen muy alborozados, abrazando y rodeando á CARRANZA, D. JOAQUÍN, D. RUPERTO, SERAFÍN, MOTILÓN. A poco NARCISO.

RUPER. Sí, hombre, sí, enhorabuena...
Un abrazo.
CARR. (Conmovido.) ¿No me engañas?
¿Pero es posible?
RUPER. Es posible.
CARR. ¡Dios escuchó mis plegarias!
Serafín, Lucas, Ruperto... (Los abraza.)
Mi esposa... voy á llamarla...
(Se dirige á la izquierda.)
RUPER. (Deteniéndole.) Espera... Como yo y todas
las personas que te tratan
sabíamos que iba á ser
la rüina de tu casa
el que salieras triunfante,
mi enhorabuena te daba
porque has quedado vencido
y derrotado.

CARR. (Desvaneciéndose.) ¡Ay... me faltan
las fuerzas... no puedo más!
(Entra Narciso y con los demás acude á Carranza.)
RUPER. ¿Qué es esto?... ¡que se desmaya!
¡Felipe!
NARCI. ¿Qué ha sucedido?
JOAQ. (A Melitón.) Corre, trae un vaso de agua.
RUPER. No... que traigan un bastón
de teniente alcalde, para
ponérsele en las narices
á ver si vuelve. ¡Carranza! (Llamándole.)
CARR. (Volviendo en sí.) ¡Ay! ¡No temas que pregunte
dónde estoy, como en los dramas!
¡Ya sé que estoy en mi tienda,
que tendré que traspasarla,
que me he quedado arruinado!
JOAQ. ¡Pobre señor, me da lástima!
RUPER. (Con energía.) No hay tal pobre, ¡qué demonio!
(A Carranza.) Tu mujer, que es una santa,
y yo, que le ando muy cerca,
hemos cuidado con maña
de exagerarte el estado
financiero de tu casa,
y trabajando con fe
aún podremos levantarla.
CARR. (Abrazando á Ruperto.)
¿De veras? ¡Dios te lo premie!
¡Me vuelves al cuerpo el alma!
¡Pero habré tenido votos!
RUPER. No te sirven para nada;
que en tu fiebre concejil,
y llevado por el ansia
del triunfo, en las papeletas
has puesto... mira:
(Enseñándole una de las papeletas.) «Carranza
y Compañía...» ¡Este nombre
en el Censo no constaba!
CARR. (Llevándose las manos á la cabeza.)
¡Derrotado... y en ridículo!
¡No he podido hacer más planchas!
¡La lección ha sido dura,

pero sabré aprovecharla!
(Como tomando una resolución.)
Desde hoy, ¡muera la política!
¡Aquí no ha pasado nada!

NARCI. (Impaciente, porque al principio de esta escena Motilón habrá cerrado la tienda, para que los transeuntes no se enteraran de lo que en ella ocurría.)
Ruperto, que abran la tienda,
que si mi novia me llama...

RUPER. Tenga usted paciencia, joven.
Ya la abriremos mañana,
(Al público.) si tan ilustre Senado
no protesta ni se enfada,
y de este humilde sainete
perdona las muchas faltas.

FIN DEL SAINETE

SAINETES DEL MISMO AUTOR

Cuadros al fresco.

El Teatro moderno.

El Arte por las nubes.

Enfermedades reinantes.

Juicio de exenciones.

¡Á perro chico!

Un domingo en el Rastro (1).

Fiesta nacional (2).

¡Hoy sale, hoy!..... (3).

¡Bateo, bateo!..... (4).

Pavo y turrón (5).

El Corral de las Comedias.

Ultramarinos.

Los Portales de la Plaza.

¡Amén! ó el ilustre enfermo.

Las recomendaciones.

Carranza y Compañía.

(1) Música de los maestros Chueca y Valverde.

(2) Colaboración de Javier de Burgos; música de Valverde y Chueca.

(3) Colaboración de Javier de Burgos; música de los maestros Barbieri y Chueca.

(4) Colaboración de Julián Romea.

(5) Colaboración de Javier de Burgos; música del maestro Nieto.

MODISMO

(FRASES Y METÁFORAS)

PRIMERO Y UNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno 30 – Precio: 2 reales

(Contiene los pliegos 88 á 90)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERIA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—

MADRID